

los cuales fueron horrorosamente apaleados, hasta que se obligaron á abonar aquel tributo. La Compañía Blanca cuando se apoderó de Faenza (1376), encadenó trescientos señores, echó fuera de la ciudad á once mil ciudadanos y se arrojó con furia á robar ropas y mujeres. Dos condestables se disputaban una monja, cuando llegó Acuto de improvisado y de un tajo la dividió en dos partes, diciendo al mismo tiempo: *tomad la mitad cada uno*. Otra banda hacia ir delante de ella á un aldeano á quien habia tostado por un lado sobre las parrillas, á fin de que con sus gritos anunciase la aproximación de aquellos foragidos.

De este modo la mayor parte de la nación italiana perdía el valor en medio de las armas. Un vil mercenario era á veces árbitro de la paz ó de la guerra, y nunca cesaban las hostilidades, porque la guerra no agotaba las fuerzas de los vencidos, quienes al día siguiente de una gran derrota podían volver á aparecer con un ejército más formidable, por pocos medios que tuvieran de pagarle. Los mismos guerrilleros tenían interés en no dejar sucumbir á los pequeños Estados y á sus rivales, para no perder las ocasiones de nuevas ganancias que podían proporcionarles. Cuando los florentinos quisieron obligar al rey Ladislao á restituir sus bienes á la Santa Sede, les preguntó: *¿Qué tropas tenéis que oponerme?* A lo cual le contestaron: *Las tuyas mismas*.

Fijaremos nuestra atención en estos jefes de aventureros, á algunos de los cuales veremos ascender al trono, y la política nos aparecerá regida por el inmoral sistema del oro y del hierro. Efectivamente, no se contentaron los capitanes de las bandas italianas, como los alemanes, con despojar á amigos y enemigos: juntaron á la rapacidad las pasiones propias de su suelo, los odios de partido, las venganzas hereditarias, la ambición de crearse una facción en un país donde cualquiera podía llegar al poder con tal de que tuviera audacia. Braccio de Montone, desterrado de Perugia, marchó contra su patria á mano armada y se hizo señor de ella. Pandolfo Malatesta dominó en Brescia; Facino Cane en Alejandria; Ottobon Terzo en Parma. Y lo que parece más indecoroso es que en batallas de especulación se adquiriese gloria: que se levantasen estatuas, mausoleos á Gattamelata, á Coleone y á otros más, hasta cuando por haber cesado de vivir, no infundían ya miedo (9).

**Los Visconti.—Liga de Viterbo.**—Entre los que se sirvieron del valor venal de aquellos hombres, que «levantando el dedo jugaban con la muerte,» los Visconti principalmente supieron prevalecerse de él para llegar á un poderío, que debía

(9) Valery, en su reciente *Viaje á Italia*, se queja de que los perusinos no hayan consagrado todavía á Braccio el monumento á que tiene derecho. J. B. Vermiglioli ha escrito una vida y casi un panegírico de Malatesta Baglione, el traidor que entregó á Florencia.

tocar en herencia á un venturoso jefe de banda. Habiendo sucedido Bernabé y Galeazo II á Juan su tío, no sólo perdieron el territorio de Bolonia, sino que también vieron á Génova emanciparse de su autoridad (1354), y al cardenal Alborno hacer entrar en una liga contra ellos al papa, al emperador, al rey de Hungría, á los señores de Ferrara, de Padua, de Mantua, á Juana de Nápoles, al marqués de Este, los cuales tomaron á sueldo las bandas de Juan Acuto (1367). En este tiempo Urbano V prestaba oídos á los votos, por largo tiempo desatendidos, de los romanos, volviendo á residir entre ellos; y Carlos IV, llegado á Italia para recrear á su esposa con el lujo y las fiestas de la coronación, se vanagloriaba de hacer revivir los derechos del Imperio. A su entrada dentro de los muros de Roma, presencié esta ciudad el espectáculo de una procesion que reproducía las antiguas ceremonias. Carlos tuvo allí, en union del emperador de Oriente, de la rienda al caballo que montaba el papa: sirvió en la misa como diácono, y los grandes que habian llevado en su comitiva, que eran el arzobispo de Salzburgo, los duques de Sajonia, de Austria, de Baviera, el marqués de Moravia y de Misnia, el conde de Goricia y otros más, rivalizaron en magnificencia.

Satisfecho Carlos con aquellas pompas se dejó aplacar por dinero. Urbano, que se proponía restituir su dignidad á la Iglesia, espidió bulas de excomunion contra Bernabé Visconti, quien habiendo detenido á los legados en el puente del Lambro, les intimó que se comieran aquel pergamino, si no querían beber el agua que corria por debajo de ellos; y les fué preciso resignarse. Bernabé manifestó una enemistad particular respecto de los eclesiásticos. Otra vez hizo que se vistieran de blanco los embajadores del pontífice y que se pasearan por medio de la ciudad al compás de los silbidos de la muchedumbre. Habiéndose negado el arzobispo á ordenar á un fraile, le dijo después de haberle reprendido ásperamente: «¿No sabes que yo soy papa, emperador y rey en mi territorio, y que aquí ni el mismo Dios podría hacer lo que yo no quisiese?» Fulminada la excomunion contra su persona multiplicó los suplicios: mandó que se le sacasen los ojos á un monje y que fuera asado otro en unas parrillas. Sin embargo, supo conjurar la tormenta que contra él se preparaba, atrayendo á su lado al conde de Lando con su compañía; y lejos de perder terreno sublevó á muchas ciudades contra el papa, quien, viendo el mal éxito de sus tentativas, se volvió á morir en paz á Avignon (1370).

Entonces Bernabé pudo continuar desembarazadamente su monstruosa tentativa, y encarnizarse contra sus súbditos por el rigor de sus órdenes, no menos que por sus suplicios: todo el que se habia apropiado una pieza de caza mayor, sufría la última pena, haciéndole pedazos, aunque fuera abad de un monasterio. Hizo perder un ojo y una mano á un joven por haber soñado que habia cogido

una liebre. Ningun juez recibía de él salario sino en tanto que habia cortado la cabeza á un cazador de perdices. Por su orden dos cancilleres suyos fueron encerrados con un jabalí en una jaula. Obligó al podestá á arrancar por su propia mano la lengua á un delincuente: prohibió salir de noche, bajo pena de perder un pié, cualquiera que fuese el motivo de la contravencion. Se cortaba la lengua á todo el que pronunciaba los nombres de güelfos ó de gibelinos. Quizá se han exagerado estos pormenores; pero de seguro consideraba sus insultantes crueldades como necesarias para constituir sólidamente un poder sin legítima base. Quería la justicia y la ejercía con ferocidad y sin mesura. Un sacerdote se negó á sepultar á un muerto porque no tenia dinero, y Bernabé le hizo enterrar vivo. Un campesino no paga dos capones que habia comprado á una mujer y manda que muera en la horca. Lejos de procurar dulcificarle Beatriz de la Escala, su esposa, le exasperaba, por el contrario; pero no supo fijarle bastante para impedirle que se consagrara á otros amores.

Galeazo II, su hermano, que residía en Pavia, no se diferenciaba de él en nada. Con un rasgo de pluma anuló todas las gracias concedidas por sus antecesores. Una vez mandó ahorcar á sesenta mercenarios, por haber manifestado lentitud en ejecutar una orden. Un asesino fué descuartizado por medio de caballos, é inventó para los reos de Estado el suplicio llamado *cuaresma*, porque duraba cuarenta dias. Consistía en cortar á un condenado en los dias impares un miembro ó un pedazo de carne, ó en hacerle andar sobre garbanzos después de haberle desollado las plantas de los pies: se le dejaba descansar los dias pares, á fin de que recobrar fuerzas para los tormentos del día siguiente. Sin embargo favorecía las letras, trataba familiarmente al Petrarca y no gustaba de las lisonjas. Fundó la biblioteca y la universidad de Pavia, donde levantó notables construcciones y un palacio. «Si en lo demás, dice Petrarca, superó á los demás príncipes de Europa, en esto se superó á sí propio.» Gastaba anualmente en limosnas, por la salvación de su alma y la de sus padres, 2,531 florines, doscientas diez fanegas de trigo y hasta doce carros de vino. Sostenía además diez capillas y ayunaba las dos terceras partes del año.

Su hijo Juan Galeazo tuvo tanta ambición y fué más disimulado que él. Obtuvo del rey de Francia, Juan II, mediante la suma de trescientos mil florines, la mano de su hija Isabel y el título de conde de Vertus en Champaña; Wenceslao le nombró vicario imperial en Lombardia. Después de haber engañado á su tío Bernabé con aparentes devociones, Juan Galeazo le detuvo prisionero con ayuda de una fingida peregrinación y le envió al castillo de Trezzo, donde murió de rabia ó de veneno (1385). Habiendo encontrado en su tesoro setecientos mil florines en dinero y siete carros de vajilla y de oro en barras, reunió bajo su autoridad todos los dominios de los Visconti, donde

encontró humillados á los señores, contribuyendo el clero á los cargos públicos, y el pueblo olvidado de sus franquicias. Vil en sus ideas, no tenia medida para sus caprichos, y elegía para realizarlos sujetos idóneos. Desde Federico II, no hubo en Italia príncipe más temido de los italianos, ni que amenazase de más cerca la independencia de los demás Estados. Se ligó primero con los Gonzaga, los Carrara y la casa de Este, para limpiar el país de las bandas de aventureros que la infestaban. Bartolomé de San Severino fué enviado contra ellas con una bandera en que estaba inscrita la palabra *Paz*; pero esta tarea pacífica pronto fué abandonada por ambiciosos proyectos.

Los dos hijos menores de aquel Mastino, que aspiraba á reinar en toda Italia, habian asesinado á su hijo mayor. Habian llegado después á las hostilidades entre sí, y el más debil pereció degollado en su prisión. Los hijos naturales del que sobrevivió llamado Can Signore, renovaron los mismos desafueros, y Antonio dió muerte á Bartolomé. Aquel Antonio fué incitado por los venecianos contra los Carrara, señores de Pádua (10), por su alianza con Génova y la Hungría: los Carrara, para defenderse, apelaron á Juan Galeazo, que pretendiendo ser heredero de los Escaligeros por los derechos de su segunda mujer, ganó á Verona y la conservó dejando consumirse en prisión el último y culpable vástago de aquella familia (11). Ofreció después su amistad á Venecia contra los Carrara, y tomó de concierto con ella, Pádua, después á Iserico, y se encontró sobre las lagunas de Venecia, que arrepintiéndose demasiado tarde de aquella alianza, se veía amenazada de ser rebajada á una condicion más humilde que la de Pádua.

#### (10) Genealogía de los Carrara:

Jacobo de Carrara, príncipe del pueblo. . . . .	1318—1324
Nicolás, su hermano. . . . .	1324—1326
Marsiglio, su sobrino. . . . .	1326—1338
Ubertino, sobrino de éste. . . . .	1338—1345
Marsiglietto Pappafaba. . . . .	1345
Jacobo II, hijo de Nicolás. . . . .	1345—1350
Giacomino, su hermano. . . . .	1350—1372
Francisco I, su sobrino. . . . .	1372—1393
Francisco II Novello, estrangulado en Venecia con sus dos hijos Francisco III y Jacobo. . . . .	1394—1406

#### (11) Genealogía de los Escaligeros.

Mastino de la Escala, señor de Verona. . . . .	1200—1277
Alberto, su hermano. . . . .	1277—1301
Bartolomé, hijo de éste. . . . .	1301—1304
Alboino, su hermano. . . . .	1304—1311
Can Grande I. . . . .	1312—1329
Alberto II, } hijos. . . . .	{ 1329—1332
Mastin II, } . . . . .	{ 1332—1351
Can Grande II, } . . . . .	{ 1351
Can Signoré, } hijos de Martino II. . . . .	{ 1351—1375
Pablo Alboino, } . . . . .	{ 1374
Bartolomé II, } hijos naturales de Can Sig- . . . . .	{ 1380
Antonio, } noré. . . . .	{ . . . . .
Guillermo, hijo de Antonio. . . . .	1390
Antonio Bruto, y sus hijos proscritos. . . . .	1404

Desembarazado de aquellas dos antiguas familias de los Escaligeros y de los Carrara, Juan Galeazo aspiraba á la corona de Italia; pero le precisó abatir primero á Florencia, la protectora de la libertad italiana. Las enemistades de las ciudades rivales de aquella república le proporcionaron la ocasión que deseaba. Habiéndose, pues, aliado con Siena, vió unirse á él Perusa, Urbino, Faenza, Rímini, Forli. Pero Florencia tenia en su favor á la poderosa Bolonia y explotaba el odio del traidor Francisco Novello de Carrara (12), y asalariaba al inglés Juan Acuto, al alemán duque de Baviera, al conde de Armagnac, francés, cuyas banderas en su favor se componian de una multitud de hombres de todas las naciones pagados para asolar el país. Las tropas extranjeras no habian sin embargo aprendido las maniobras diestras de los tácticos nacionales, así es que el conde de Armagnac que tenia su presuncion francesa, no veia en los italianos más que gentes sin valor; habiéndose adelantado con poca gente á Alejandria, Jacobo del Verme, salió de la plaza, le batió, le hirió mortalmente, haciendo prisioneros y despojando á todos los que les acompañaban de cuanto llevaban consigo. Rompió después los diques del Adige, y con ello dejó aislado á Juan de Acuto sobre un valladar, teniendo inundados los terrenos que lo circundaban. El inglés, á quien su adversario envió entonces para burlarse, una zorra enjaulada, respondió que la zorra encontraría medio de desenjaularse. En efecto, atravesó las aguas durante todo un día, y sacó á su ejército sano y salvo.

Por el tratado de paz que se siguió fué conservada Pádua á Francisco Carrara que la habia recobrado (1392), se prohibió á Juan Galeazo mezclarse en los negocios de la Toscana, así como á los florentinos en los de la Lombardia. Pero como Visconti no observó las condiciones juradas, Francisco de Gonzaga organizó una liga güelfa, y resultó de ella una nueva guerra, en que los milaneses llevaron la peor parte. Aun después de la paz de Venecia, los florentinos continuaron poniendo obstáculos á los designios de Juan Galeazo (1398), quien al fin perdió la esperanza de dominar sobre toda la Italia, y sólo pensó en consolidarse en Milan.

**Los Visconti.**—La larga duracion y la sucesion repetida de los Visconti en las señorías, habian acostumbrado á los pueblos á considerarlas como príncipes hereditarios y dominaban como los demás tiranos, porque la asamblea popular les habia confiado el poder político, mientras que el judicial y el administrativo se ejercia por el podestá y el grande y pequeño consejo; pero el podestá, precisado como estaba á apoyarse en uno de los partidos para obtener influencia sobre otro, permaneció

(12) Son célebres sus viajes por Alemania é Italia para reunir enemigos contra los Visconti, acompañado siempre de la intrépida Tadea de Este.

cia avasallado á aquel que predominaba, es decir, al príncipe. Este, bajo pretexto de levantar tropas, podia imponer cargas á su antojo: si obtenia el título de vicario imperial, ejercia derechos reales. Si después era jefe ó señor de diferentes ciudades, como éstas no tenian entre sí ningun lazo político, se encontraba independiente con respecto á todas, y no se veia reducido á acariciar á una faccion; hasta las empleaba unas con otras para sujetarlas. Si estallaba la guerra, su poder era ilimitado como jefe del ejército, y las ciudades conquistadas no tenian ningun derecho que pudiesen oponer á sus decisiones. Resultaba de ello una tiranía que dejaba subsistir las formas republicanas, pero las hacia insignificantes.

**Juan Galeazo, duque.**—Los Visconti sacaban del rico país que les obedecia un millon de ducados, es decir, doble que la Francia y la Inglaterra (13). Una buena administracion hacia prosperar las rentas, lo que les permitia comprar partidarios en las demás repúblicas, asalariar mercenarios, procurarse grandes alianzas de familia, y en su consecuencia obrar como señores en su país. Juan Galeazo, esposo de una princesa francesa, dió su hija Valentina al hermano del rey de Francia (1389), con un dote de cuatrocientos mil florines de oro, además de la ciudad y del territorio de Asti, pedrerías y un ajuar tal como ningun rey hubiera podido darle (14); lo peor fué que estipuló en favor de su hija el derecho eventual de sucesion, á falta de herederos varones. Creyó entonces la ocasión oportuna, para libertar su dignidad de lo que la elección popular le daba de precario; y cien mil florines, que hizo brillar á los ojos del emperador Wenceslao, príncipe menestero, le hicieron conferir el título de duque (1395). La usurpacion se encontró de esta manera legitimada, y las ciudades de la antigua liga lombarda fueron vendidas por el emperador, aunque uno de sus predecesores habia asegurado su libertad por el tratado de Constanza.

Conociendo Juan Galeazo que las fiestas encadenarian al pueblo, mas bien que los hornos empleados por sus antecesores, las dió espléndidas en su coronacion: y al espectáculo de tantas solemnidades, concurren gentes de casi todas las naciones cristianas, yaun infieles, de tal manera que todos decian que era imposible ver nada que fuera más magnífico (15). Quedó encantado el buen pueblo milanés

(13) Véase la nota (A) al fin del presente libro.

(14) Puede verse el detalle en Corio, el año 1389. Solo la plata ascendia á 1667 marcos, peso de Paris.

(15) CORIO. Esta solemnidad se explica extensamente en una carta escrita el 10 de setiembre del mismo año, por Jorge Azzanello y Andreolo Aresi, canceller ducal. De casi todas las partes del mundo se llamaron príncipes, señores y comunidades para que aumentasen la pompa en la coronacion del nuevo duque, honor de Italia. Apenas apuntaba el alba en la mañana del domingo, acompañaron al futuro duque desde la fortaleza de la puerta de Júpiter hasta San

con tener un duque, y un duque tan espléndido. La enajenacion de aquel ducado desagradó mucho á los alemanes, que hicieron de ello un crimen á Wenceslao cuando le depusieron (1400). El conde palatino Roberto, que le fué sustituido, se comprometió por este motivo á ir á Italia para destruir allí la soberania de los Visconti. Se alió en consecuencia con el señor de Pádua; y habiéndole ade-

Ambrosio, precedidos de histriones y músicos. En la plaza de San Ambrosio se habia construido un alto tablado, cuadrado, defendido por empalizadas, cubiertos sus sitials y gradas de paño de color de escarlata, y la parte superior de brocado de oro con fondo encarnado. Allí el magnífico caballero Benesio Cumsinich, lugarteniente cesáreo, esperaba al futuro duque para colocarle en el trono. Inmediatos al tablado y al lado izquierdo estaban Pablo de Savelli y el caballero Ugolotto de los Biancardi, príncipe romano, con un escuadron bien ordenado compuesto de quinientos caballos para guardar aquella plaza en que habia un inmenso concurso de gentes. El gran condestable se hallaba enfermo, por cuya causa no pudo mandar aquellas tropas. Apenas llegó el futuro duque y los que le acompañaban, Benesio lo recibió con benevolencia, y lo colocó á su izquierda en el lugar más elevado del sôlio. Los prelados, señores y embajadores más calificados, se sentaron en el mismo tablado. Un caballero bohemio, compañero de Benesio, estaba á la derecha, teniendo la bandera imperial; á la izquierda el caballero Oton de Mondello tenia otra bandera acuartelada con las armas del duque. Allí mismo se leyó el privilegio concedido por el emperador Wenceslao en Praga á 1.º de mayo de 1395, nombrando duque de Milan al conde de Vertus, Juan Galeazo Visconti. Después el duque se puso de rodillas y prestó juramento de fidelidad al César en manos del lugarteniente imperial, el cual le puso luego sobre los hombros el manto ducal aforrado de armiños de arriba abajo. Tomándole después por el brazo lo colocó en el trono, poniendo sobre su cabeza una corona adornada de pedrería y estimada en 200 florines. Sentados el duque y el lugarteniente, los prelados cantaron himnos en accion de gracias á Dios, acompañados del concierto de instrumentos músicos. Después Pedro Filargo pronunció un panegírico en elogio del duque. Cuando concluyó, se celebraron los Divinos Oficios y después el lugarteniente cesáreo y el duque montaron á caballo, y bajo un magnífico palio que llevaban ocho caballeros y ocho escuderos, marcharon acompañados de todos los prelados, señores y embajadores hasta el antiguo palacio, en cuyas puertas colocaron las dos banderas imperial y ducal. En el patio estaban preparadas las mesas servidas con riquísimas vajillas de plata, y cubiertas por arriba con pabellones de tapices entretejidos de oro. El duque se sentó en la cabecera de la mesa, teniendo á sus lados los dos lugartenientes cesáreos, á los cuales seguian por órden de dignidad los demás señores, etc. El lunes siguiente pasaron revista en el palacio ducal los que estaban dispuestos para la justa. El martes trescientos de éstos divididos en dos escuadrones, uno con divisa roja y otro con blanca, entraron en la liza con sus correspondientes banderas, teniendo destinados mil florines para premiar al que saliese victorioso. El miércoles hubo una nueva justa, cuyo premio era un broche del valor de mil florines, que lo obtuvo el marqués de Monferrato. El jueves terminaron las justas, en las cuales Bartolomé, hermano de Domingo de Bolonia, adquirió un caballo del precio de cien florines; y Juan Rubelo, escudero de dicho marqués, otro de doscientos.

lantado Florencia doscientos mil florines, el nuevo César pasó los Alpes con un buen ejército (1401); pero fué derrotado cerca de Garda por las tropas de Visconti, que conducia Facino Cane, y después de algunas otras tentativas, se retiró vergonzosamente. Convertida la Lombardia en herencia de una familia, pasó después á aquel que tenia más fuerza para apoderarse de ella, ó más astucia ó feroz energia para mantenerla en la opresion.

Tenia cuidado Juan Galeazo de tomar á su servicio los mejores guerrilleros como Facino Cane de Biandrate, Carlos Malatesta de Rímini, Antonio de Urbino, Pablo Savelli, Santiago del Verme, Ugolotto Biancardo, Ottobon Terzo, Galeazo de Mántua, Antonio y Galeazo Porro, Gabrino Fondulo, cremonés, y Alberico de Barbiano, autor de una nueva táctica militar y de la caballería moderna. Con su ayuda recobró á Bolonia, que deseaba hacia mucho tiempo, y cuyo señor, Juan de Bentivoglio, pereció combatiendo; después que compró á Pisa á Gerardo de Appiano, y de haberse hecho proclamar señor de Siena, declaró la guerra á los florentinos, cuya ciudad sitió. La opulenta ciudad temblaba, sintiéndose envuelta en las roscas de la culebra, armas de los Visconti, cuando la peste, que se renovó varias veces en aquel siglo, puso fin á la ambicion y á la existencia de Juan Galeazo (1402). Fué uno de los más espléndidos señores de la Italia, tan fecundo en expedientes políticos, como pobre en valor personal: siempre pronto á sacrificar la justicia, la buena fe, el bienestar de las poblaciones, á la sed de poseer. Favoreció las letras, para echar un velo sobre sus vicios. Mejoró la administracion, y supo elegir igualmente bien á los hombres que empleaba en la paz ó en la guerra. La cartuja de Pavia, y aun más la catedral de Milan, ambas comenzadas por él, y que son los monumentos de estilo gótico más notables de Italia, manifiestan cuánto atrevimiento y poder tenia. No hubiera tardado en llegar á ser el dueño de la Italia, si no hubiese encontrado en su paso á los florentinos y á Francisco de Carrara, ó tal vez sufrió aquella fatalidad, que evitó constantemente los designios del mismo género en todas las épocas. Magistrados, caballeros, capitanes, afluyeron de todas partes á sus funerales, así como los embajadores de las cuarenta y seis ciudades que dependian de él (16), con sus banderas é in-

(16) Valtellina, Valcamónica, Varesia, Leñago, Castello Arqua, Saló, Bassano, Castelnovo de Tortona, Riviera di Trento, Soresina, Lecco, Vigevano, Pontremoli, Voghera, Borgo Sandonino, Casales Sant-Evasio, Valenza, Crema, Monza, Grosseto, Massa, Lunigiana, Asis, Bobbio, Feltro, Cividale, Reggio, Tortona, Alejandria, Lodi, Vercelli, Novara, Vicenza, Bérgamo, Como, Cremona, Placencia, Parma, Brescia, Verona, Perusa, Siena, Pisa, Bolonia, Pavia, Milan. La ciudad de Pavia fué erigida en condado para el hijo secundogénito, como lo dice Anghiera; sin embargo, algunas soñadas genealogías quieren que la estirpe de los Visconti sea una familia descendiente del Hector troyano.

signias. Dos mil hombres con antorchas encendidas acompañaban el convoy, y la ceremonia fúnebre duró catorce horas.

El duque dejaba dos hijos de corta edad: Juan María, á quien dió el ducado desde el Tesino hasta el Mincio, y Felipe María, á quien hizo conde de Pavia con el resto del territorio, menos las ciudades de Pisa y Crema, separadas de su herencia para formar el patrimonio de Gabriel María, hijo natural. Pero podía decir como Pirro: *Legó mi trono á aquel cuya espada es más cortante*. Confió la tutela de sus hijos á Catalina Visconti, su viuda, asistida de diez y siete personas designadas entre los más célebres guerrilleros, con la esperanza de dar así un apoyo á la debilidad de sus hijos. Pero estos capitanes, tan valientes en el campo de batalla, como inhábiles para gobernar sin ninguna fe, avaros sólo de dinero y de dominación, se sometían con poca voluntad á las preeminencias de una mujer y á la de Barbavara su favorita. La discordia ponía, pues, trabas á las deliberaciones, al paso que los abatidos enemigos comenzaban á levantar la cabeza; los güelfos y los gibelinos, cuyo nombre hasta se había prohibido pronunciar, reanimaron sus odios; el papa y los florentinos se entendieron para sustraer á los Visconti; Siena, Perusa, Pisa, Bolonia, y los guerrilleros se apresuraron á dividirse las posesiones que ellos mismos habían adquirido á aquella casa.

Para conjurar el peligro, desplegó Catalina destreza y firmeza, y sangrientas ejecuciones espantaron en Milan á los señores y vecinos; pero todas las ciudades sometidas habían sacudido la dependencia, y los tiranos dominaban allí sobre las familias y las antiguas facciones. Los güelfos habían vuelto á recuperar el dominio en Brescia, así como en Lodi con Juan de Vignate, en Plasencia con los Escoto, en Bobbio con los Landi: por su parte, los gibelinos tenían ventaja en Como con Branchino Rusca, en Bérgamo con los Suardi, en Cremona con Juan Ponzone, y después con Gabrino Fondulo; los barones de Sax ocupaban á Bellinzona, y Vicenza no tardó en entregarse á los venecianos; Francisco II Carrara se estableció en Pádua, y adquirió á Verona, hasta que los venecianos le volvieron á arrebatar sus posesiones, se apoderaron de su persona y le enviaron vilmente al suplicio. Entre tanto Facino Cane desolaba todo el territorio comprendido desde Parma hasta Cremona y Alejandria: Alberico de Barbiano volvió al poder del pontífice las ciudades de Asis y de Bolonia; Pandolfo Malatesta se apoderó de Monza y después de Brescia; el pueblo á presencia del joven duque despedazó al abad de san Ambrosio, y todo, en una palabra, era horror y sangre.

**Juan María.**—Uniéndose Juan María á los que se irritaban por el rigor de su madre, la hizo apresar (1404), y tal vez perecer; hasta él mismo pareció no haber aspirado al poder más que para imponer suplicios. Rodeado de soldados y cortesanos; que se habían hecho adictos tolerando sus

excesos, mantenía perros enseñados á destrozar á aquellos á quienes él designase. Subleváronse, pues, de todas partes contra él. Facino Cane y Pandolfo Malatesta batieron sus ejércitos; después le sitiaron en Milan para precisarle á cambiar sus consejeros. Aunque había prohibido proferir la palabra paz, hasta en la misa, se vió forzado á pedirle, comprometiéndose á alejar á sus instigadores, á perdonar á los gibelinos y á recibir un gobernador de su facción, en union de otro elegido entre los güelfos.

Facino Cane, que había quitado ya á Felipe la regencia de Pavia, hizo entonces otro tanto con Juan María, después de haber ejecutado un horrible saqueo; pero luego que fué acometido de una enfermedad mortal, los milaneses, y sobre todo los gibelinos, se horrorizaron al pensar que se hallaban de nuevo á la merced del tirano; una conjuración se formó contra el duque, y fué asesinado (1412).

**Felipe María.**—Facino espiraba el mismo día. Al punto sus soldados ocupan á Pavia como garantía de su sueldo; el intrépido bastardo Hector Visconti domina en Milan. Los señores se insurreccionan por todas partes para recobrar sus antiguas posesiones. Pero Felipe María, que hasta entonces se había mostrado negligente y mediano, despliega una actividad extraordinaria para recuperar los Estados paternos. Conociendo la necesidad de asegurarse el brazo de los soldados aventureros, se casó con Beatriz Tenda, viuda de Facino, que le llevó en dote inmensos dominios, el señorío de Tortona, Novara, Verceli, Alejandria, y el favor de los antiguos partidarios de su marido. Fuerte con su ayuda, arrancó Pavia y Milan á los usurpadores; y por su habilidad personal, en la feliz elección de sus capitanes, no solamente recobró, sino que acrecentó su patrimonio, estendiendo su autoridad desde el monte San Gotardo hasta el mar de Liguria, y desde las fronteras del Piemonte á las de los Estados del papa.

Sombrio y desconfiado, sin ser sanguinario como su hermano, sabía muy bien ocultar sus sentimientos y sondear los de los demás; apenas había concluido un tratado de paz, cuando comunmente le violaba, para negociar de nuevo poco tiempo después. Abatía por la mañana á aquellos que había ensalzado la víspera, desconfiaba de todo el mundo, tenía recelo de todo, y no sabía perdonar los beneficios que había recibido. Despreció primero por una querida á su mujer Beatriz, causa de su grandeza. Después quiso deshonorarla y desbarazarse de ella, acusándola de adulterio para enviarla al suplicio. Empleó sucesivamente, con sus mejores capitanes, la adulación y las amenazas, las caricias y las asechanzas, entretanto que se confiaba ciegamente á miserables consejeros y á favoritos que fomentaban sus pasiones desprovistas de generosidad hacia su querida Inés de Magno y á Zannino Riccio, su astrólogo.

Francisco Busone, conocido bajo el nombre de

Carmañola, como uno de sus mejores guerrilleros, habíase elevado por su espada, de una humilde condición á los primeros honores. Después de haber ayudado poderosamente á Juan María á recobrar sus Estados, hizo luego otro tanto por Felipe, bajo cuya ley puso bien pronto á Lodi, Crema y Plasencia. Llegó hasta á obligar á Malatesta á que le vendiese Brescia y Bérgamo; á Gabrino Fondulo Cremona, á Nicolás de Este, Parma, y arrojó de Como á los Ruscas que habían llegado á ser señores de ella.

En Génova, donde dominaba el partido popular, al que pertenecían las familias de los Fregosos, Guarcos, Fiescos, Montaldos y Adornos, había escluido á la nobleza del empleo de dux, que ocupaban sucesivamente, sin que ninguna de ellas adquiriese suficiente poder para subyugar al pueblo. Continuamente en querellas, repeliéndose y procurando unirse sucesivamente, al mismo tiempo que los nobles de las dos riberas las incitaban, apelaban para triunfar á las bandas mercenarias, igualmente funestas á los dos partidos, ó bien habían recurrido á los extranjeros. Juan Gonzalo había fomentado estas rivalidades intestinas, con la esperanza de que cansada de tantas luchas, la república se arrojaría en sus brazos. Pero al contrario, el dux Antonioto Adorno (1396), no pudiendo mantenerse en el poder, propuso á sus conciudadanos entregarse al rey de Francia, Carlos VI. Esta fué la cuarta vez, en el transcurso de aquel siglo, que Génova sufrió la servidumbre voluntaria (17). La libertad poco tuvo que perder por las latas condiciones que fueron obtenidas; pero los gobernadores que fueron á dominarla, ni agradaban al público, ni le acusaban temor; así había á cada instante querellas, invasiones, destierros é incendios. En fin, el mariscal Boucicault, hombre de un valor experimentado, reprimió las facciones aboliendo sus nombres, así como las magistraturas populares; espulsó á los Fiescos de Monaco, á los Delcarreros de sus posesiones, desterró y mató á varios ciudadanos; luego habiendo repuesto la marina, fué á saquear las costas de Siria y de Egipto, y obtuvo del rey de Francia el señorío de Pisa. Pero como marchase contra Milan, Facino Cane, de concierto con el marqués de Monferrato, se adelantó hasta Génova que incitó á la libertad (1409). Los franceses acometidos, se vieron muertos y arrojados por la población insurreccionada, que restableció el gobierno popular, á pesar de la oposición de los güelfos eligiendo al marqués capitán por cinco años. Su modo de obrar hizo que á su vez fuese espulsado y se restableció la dignidad de dux. Pero con esta los partidos se reanimaron de tal modo, que por amor á la paz los genoveses concluyeron por entregarse á Felipe María (1421). El Visconti les envió para que los gobernase, á

(17) Con Enrique VII, Roberto de Nápoles, el arzobispo de Milan y ésta.

Carmañola, y les hizo llevar la guerra á Alfonso de Aragon, á quien hicieron prisionero en la victoria señalada de Ponza; luego, juzgando haber elevado su honor hasta el punto de no ceder en nada á sus rivales de Italia y de España, los genoveses se entusiasmaron; y con el fin de que Felipe no llegase á aprovecharse sólo de una victoria conseguida por ellos, sacudieron el yugo y recobraron su independencia (1435), mas no su tranquilidad.

Estendiendo Felipe María sus posesiones, llegó á chocar contra tres repúblicas: Suiza, Venecia y Florencia.

Los suizos, á quienes hemos visto echar sólidamente las bases de su libertad sencilla, dirigieron muy pronto sus miradas más allá de San Gotardo y de los Alpes Réticos. Desde el año 1331, para castigar á los levantinos, que dependían entonces del capítulo de la catedral de Milan, y molestaban á los habitantes del valle de Orsera, habían bajado hasta Giornico; pero fueron allí detenidos por las amistosas razones del señor del país, Francisco Rusca. Más tarde los señores de Milan y los mismos Ruscas habían apelado de vez en cuando al socorro de sus armas; medio seguro de hacerles codiciar un país, cuya riqueza podía proporcionar á su población exuberante el alimento y la holgura de que carecían en su territorio. Habiendo quitado posteriormente los aduaneros de Juan Galeazzo á algunos suizos los bueyes y caballos que llevaban al mercado de Varese, apelaron á los demás cantones, solicitando ayuda, los tres cantones montañeses. No obteniendo satisfacción del duque, traspusieron los Alpes, ocuparon la Levantina á favor de las disensiones de los güelfos y de los gibelinos, y volvieron á sus montañas, después de haber hecho que prestaran juramento de fidelidad los habitantes. Pero habiendo sido asaltado este territorio por los Sax, señores de Bellinzona, volvieron á aparecer los suizos á la mitad del invierno (1406); y dictaron las condiciones de una paz que les valió la posesión de la misma Bellinzona.

Veían los Visconti con disgusto en manos de extranjeros aquella llave de la Italia, y aprovechando una ocasión propicia, sorprendieron la plaza y obligaron á los levantinos á la obediencia. Inmediatamente resonaron el cuerno de Unterwald, y los mugidos del toro de Uri en los valles del Tesino y del Moesa (1422), pero Angel de la Pergola y Carmañola atacaron á los suizos en la llanura de Arbedo. Esta fué una batalla muy distinta de la que solían darse en Italia. Manejando los suizos á dos manos sus largas espadas, sin respetos caballerescos, las sumergían en el vientre de los caballos, y no capitulaban nunca. De consiguiente se necesitaba desplegar un valor estremado con gentes acostumbradas á morir en su puesto, y á sostener el choque del enemigo en estrechadas filas tan incontrastables como sus rocas bajo el impulso de espumosos torrentes. Se